

gubernamentales". En cuanto a la ley, Gluckman llega a la conclusión, en contradicción con muchos otros antropólogos, de que "los conceptos de ley de cada tribu son semejantes a los de otras tribus y en realidad a los de la ley romana y europea".

La obra es interesante no sólo en cuanto ofrece un repertorio notable de conocimientos sobre las sociedades tribales consideradas estáticamente, sino también desde el punto de vista de los procesos de cambio. El material recogido en ese libro tiene un valor que trasciende

del puramente antropológico, para poder ser utilizable en el análisis de los sistemas de valores y a las pautas de comportamiento que todavía afectan a muchas nuevas naciones cuyos integrantes se encuentran entre dos mundos. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

ADIOS A LAS LETRAS

Elogio del invierno

No está bien decir la palabra *adlós* últimamente. Los ingleses en esto son mucho más optimistas: ellos combinan la palabra *bueno* (*good*, para los profanos), con la que, en fórmulas más simplificadas, también supone huida, alejamiento del ser que se despiden: *bye* (que, según los diccionarios, significa "pasar a la segunda eliminatoria por sorteo").

¿Nos dejarán pasar a la segunda eliminatoria? No hay sorteo. Ha habido elecciones, habrá referéndum. Mi hija me lo pregunta: ¿y esa Constitución qué es? Yo, que pretendo ser un hombre de letras, se la deletreo y ella me mira como si en mis ojos hubiera sílabas.

A la segunda eliminatoria no se pasa por sorteo, aunque éste sea un país aficionado a la suerte y al guiño de ojos. A la segunda eliminatoria se pasará como en los parques: de puntillas para no pisar el césped, o al menos para respetar esos setos que si se tocan, se erizan, se vuelven contra nosotros y nos devuelven al vergel de la nada. No está bien decir *adlós*, aunque en esta sección se repita, con frecuencia galáctica, esa nomenclatura de la despedida eterna.

Ha sido poco tiempo. Casi todo nace con el invierno, que es época de siembras, de cosechas y de lluvias. En realidad, el verano —desde abril en adelante, incluido el primero de octubre— es un tiempo de interregno, las fechas que se aprovechan para implantar calendarios, para subir los precios y para organizar lo nefasto. El invierno es más puro. En verano florecen las galaxias, pero el cielo está más impuro. Prefiero el invierno porque es más culto, qué quieren que les diga.

Federico García Lorca, visitante asiduo de esta columna, también prefería el invierno, y por eso fue muerto en verano, como represalia cruel de una estación imbécil, soleada y fría como la punta de una navaja barbera.

Ganivet también prefería el invierno. Murió por eso rodeado del agua helada de un río finlandés. Otro visitante asiduo de esta columna desde la que continuamente nos despedimos de las letras. En tiempo de acrósticos, serían invernales como éstos estarán mirándonos asombrados desde su gloria silenciosa. La suya será una impresión de desencanto, impotencia y despedida perpetua. ¿Qué os dimos, dirán desde esa nube caribeña en que se convierte la lejanía de la muerte, para que sigáis

comunicándoos con las señales de humo de lo improbable?

El invierno nos hiela, pero nos hace reaccionar. El invierno es profeta de todo lo que ocurre en las restantes estaciones. Desde hace tres inviernos, este país piensa, escribe, delibera, se equivoca y salta por encima de las barreras del sonido, buscando en la plaza pública algo más que una bala perdida. Regresa de sí mismo el país y se somete a la lectura, el hábito de descubrir la verdad entre la hojarasca, la habilidad para entenderse. Y en eso, el mundo de la cultura no ha sido ajeno. No es resumen el que se intenta: se



Angel Ganivet: un amante del invierno.

trata de aprovechar el invierno. Recordar los veranos pasados para hacer fecundo este invierno largo y sudoroso que espera a los que tienen que usar las señales de humo para defenderse de lo improbable, de lo inaceptable, de lo que los profetas del verano nunca han despedido de sus carpetas azules, limpias, immaculadas. El invierno, un tiempo para calentarse las manos con el resto del personal que nos acompañe en las aceras pobladas de claveles, que además en esta época se secan menos y me aguantan de lunes a lunes en el florero que aún está, irrompible, en mi puerta. ■ SILVESTRE CODAC.

CANCION

Dos cancioneros internacionales: España, 1937-38

En este tiempo de replanteamiento y reflexión sobre las funciones, posibilidades y alternativas de la canción popular en nuestro país, la edición de libritos, folletos, incluso artículos y estudios sobre esta temática y su evolución histórica puede ayudar en no pequeña medida a ir perfilando sus salidas y caminos. En poco espacio de tiempo se han editado entre nosotros cancioneros y manuales, recopilaciones e introducciones que contribuyen de manera importante a completar una panorámica demasadas veces superficializada. Por referirnos solamente hoy a una parcela particular, no por pretérita menos vigente, de algún modo (la parcela de los años treinta y guerra civil en España) hay que mencionar al menos la aparición de dos libritos fundamentales en este terreno: el "Cancionero Revolucionario Internacional" (1), en sus dos primeras pero ahora fusionadas entregas, y que vio la luz inicialmente bajo los auspicios del Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya... (en 1937) (y al fantástico precio, por cierto, de 11,75 pesetas). El "CRI 1" ("Cancionero Revolucionario Internacional 1"), recopilado —como los siguientes— por Otto Mayer, contiene, entre otras, canciones como "Els Segadors", "La Internacional", "Marcha del Ejército Popular", "La joven guardia" y "No pasarán", esta última creación de la Asociación de Escritores Soviéticos y muy lejos, por tanto, de otros temas más "famosos" de idéntico título. En cuanto al "CRI 2", otras no menos históricas aportaciones del género aparecen en él: "El himno de Riego" (la creación de Iworista San Miguel y Francisco Guerta, considerado habitualmente como himno oficial republicano); "La Santa Espina", "La Comintern", "Canción del Frente Popular", "Marcha del 5.º Regimiento" y otras más o menos flamígeras y orto-

(1) "Cancioner Revolucionari Internacional". Icaria Editorial, Barcelona, 1977. Notas de J. Rafael Macau.

Cultura a la contra:

¡Hola, monstruo verde!

Se dice, o se decía, que la ciencia-ficción no es algo serio, que no es literatura. Se dice, o se decía, que en España es un género que no gusta, que los españoles somos realistas —o berzotas, como la famosa generación—, y que no queremos saber nada de fantasmas o especulaciones. Se dicen, se decían y se dirán muchas tonterías. La ciencia-ficción —yo prefiero llamarla ficción especulativa; es más bonito y como más francés— ha sido aplastada y oscurecida por la dictadura: el poder aborrece la especulación, y el poder absoluto rechaza la especulación absoluta. Ahora, ya liberados del monstruo que nos atenazaba —liberados, en parte, por lo menos—, los amantes de la ciencia-ficción nos soltamos la melena; los monstruos verdes salen de sus armarios y nos cuentan sus historias de lejanas galaxias o de muy próximos espacios interiores. No son terroríficos, no son espantosos: son más bien simpáticos, y nos devuelven el placer de la lectura y de la invención. Hacen, en fin, literatura.

Y no sólo es esto; resulta de pronto que los españoles hacemos muy bien ciencia-ficción. Prueba de ello, la última convención europea de ciencia-ficción, que acaba de celebrar su cuarta edición en Bruselas. En ella, tres premios internacionales han sido concedidos a España: al mejor fanzine —término técnico que designa a las revistas no profesionales—, para "Zikkurath"; a la mejor iniciativa dentro del campo fantástico, a Jacinto Molina —el inefable Paul Naschy, hombre-lobo de caperucitas azules—; y a la mejor obra de teatro a "Sodomáquina", de Carlo Frabetti. Son premios inesperados y maravillosos, que muestran un mundo de invenciones desconocido entre nosotros.

"Zikkurath" es una revista maravillosa: obra del trabajo personal de un hombre plenamente lanzado a ello, Fernando P. Fuenteamor, que dedica su escaso tiempo libre y el poco dinero que gana a poner en pie una revista literaria —literaria sin adjetivos, aunque se llame de ficción especulativa— de las más interesantes de este país. Fuenteamor, a pesar de lo que digan sus detractores, no se alimenta de rayos cósmicos ni bebe agua pesada; más bien tiene problemas con la línea, y enfunda su cuerpo, en invierno, en un grueso jersey azul que ni siquiera es cobalto. No es un mutante; ninguno de los amantes de la ficción especulativa lo somos, aunque —dado el triste estado de la raza humana— algunos lo deseamos. Es, simplemente, un amante de la literatura que, desde su tiendecita del barrio de Begoña, pone en pie un sueño, sublima una ilusión.

No voy a hablar de Paul Naschy, ese simpático loup-garou; sólo diré de él que, a pesar del juicio que nos merezcan sus películas, ha llevado a cabo su máxima ilusión: hacer de Drácula, de momia, de hombre-lobo y de gran inquisidor, dando cuerpo a nuestros amores más secretos. Ni tampoco de Carlos Frabetti, a quien todos conocemos en su doble faceta de impulsor de la ficción especulativa y practicante de oscuros pensamientos orientales, que él transmite en clarísimas formas de quehacer materialista y cotidiano. Ni hablaré tampoco de "Nueva Dimensión", una de las mejores publicaciones del género en Europa, y que al parecer —sería una pena— va a morir de inanición un día de estos. Sólo quiero hablar de los monstruos: de esos seres tentaculares que están entre nosotros, y a los que —gracias, precisamente, a la ficción especulativa— vamos empezando a perder miedo. Ya muere la xenofobia espacial, ya el Endriago del "Amadís de Gaula" puede entrar en un "pub" a tomarse un "cubata" sin que nadie grite ni se espante. Ya la imaginación no es sólo semillero de terrores, y los sueños de la razón no producen monstruos, sino agradables personajes tal vez un poco raros, pero nunca ajenos. Personajes entrañables a quienes se puede ligar con un sencillito: "Hola, monstruo verde, ¿qué haces tú en este bar?". ■ EDUARDO HARO IBARS.

doxas invenciones de lucha contra el fascismo de la época.

Con ciertas notas, comentarios y —claro está— sus respectivas partituras musicales y textos literarios, el "Cancionero...", además de remitirnos a una situación sociopolítica que nunca será suficientemente investigada, nos revela una serie de creaciones colectivas, anónimas o simplemente populares que constituyen un indudable logro cultural...

En parecidos y aumentados términos nos podemos expresar

nidad; entre esos nombres, los de Bertolt Brecht, Louis Aragon, Hanns Eisler, Rodolfo Halffter, Bela Reinitz, Schostakowitsch, el "internacionalista" Eugène Pottier, Paul Robeson, o el propio recopilador Busch. Y si bien entre todos esos temas, y otros muchos de autores de pocas o ninguna campanilla, proliferaron en algún momento los triunfalismos, las veleidades o la escasa altura artística, no fue sino debido a la urgencia de la situación, poco propicia para retoques y experimentaciones.



CANCIONERO DE LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

con relación al "Cancionero de las Brigadas Internacionales" (2). Un tomo de 190 páginas, primitivamente publicado por Ernst Busch, en Barcelona, 1938, y que recoge amplísimamente la masiva aportación de canciones creadas por y para aquellos que intervinieron en nuestra contienda civil, procedentes de cualquier parte del mundo, en defensa de la legalidad republicana y en contra del "fascioso fascio insurgente", por emplear la correcta terminología de la época. Así, pues, canciones interpretadas y compuestas originariamente en inglés, en francés, en alemán, en danés, en sueco, en italiano, en polaco, en yugoslavo, en húngaro, en checo..., que de todo hubo en la trinchera del "leal" al régimen democráticamente instalado en nuestro país en 1931 y vigente en el 36. Y, por supuesto, no faltan los temas en castellano o en catalán, que los de aquí o los de allá cantaban igualmente.

Hay que mencionar, para finalizar, que entre los autores de estas composiciones hay algunos muy ilustres, los cuales jamás consideraron el pequeño terreno de la canción como algo menor y desprovisto de dig-

Sin embargo, ahí quedará ese rosario de canciones, alientos, deseos, emociones y en ocasiones bravatas como testimonio vivo, fiel y muchas veces desgarrador de una lucha idealista cien por cien. ■ ALVARO FEITO.

DISCOS

Rock para tiempos tormentosos

En el contexto del rock de 1978, Tom Robinson es una insólita figura. En un momento especialmente cínico y apolítico, aparece un señor que sale al escenario escupiéndolo contra el fascismo, el racismo, el sexismo y otras bestias negras que rara vez son mencionadas en las letras de los grupos de primera fila. Y no sólo esto, sino que Robinson se define como homosexual activista, algo realmente destacable en un mundo tan impregnado de esencias machistas como lo es todavía el del rock. Sus canciones tienen estribillos machacones, y caen frecuentemente en clichés panfletarios, pero logran el impacto deseado:

(2) "Cancionero de las Brigadas Internacionales". Editorial Nuestra Cultura. Madrid, 1978. Introducción de Arthur London. Contiene traducciones al castellano de las canciones en otras lenguas.